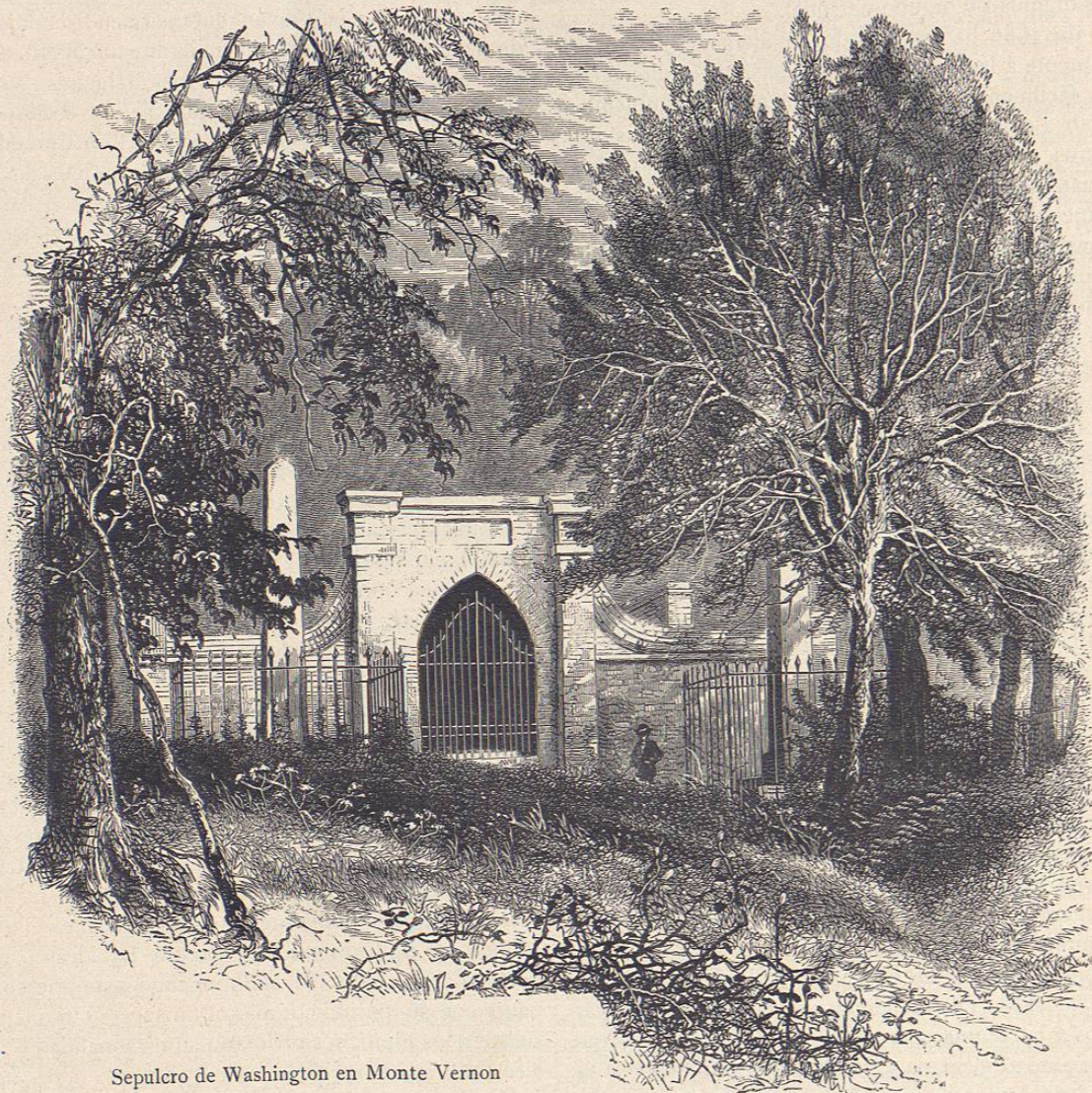


con su religion protestante luterana. Esta Iglesia fué organizada bajo la direccion del pastor Muhlenberg, hombre de mucho talento que habia llegado á América en el año 1741. A mediados del siglo el gobernador Jorge Thomás calculó la poblacion alemana de Pensilvania en tres quintas partes de la poblacion total, y en 1765, 700 jefes de familias alemanas firmaron el reglamento por el cual debia regirse la Iglesia luterana. La mayor parte de los alemanes en Pensilvania se dedicaban á la agricultura y los demás solian ejercer los ofi-

cios de tahoneros y de carniceros. Algunos tenian, sin embargo, pequeñas fábricas de papel, cervecerías ó refinerías de azúcar, tenerías y hasta fraguas con hornos y martinets. Uno de estos fabricantes de hierro estableció tambien un horno de vidrio.

A principios del siglo, diez y seis familias del Palatinado, conducidas por su párroco, abandonaron su patria y pasaron á Inglaterra con objeto de embarcarse para América; pero tan pobres eran que en Lóndres tuvieron que ser mantenidas á



Sepulcro de Washington en Monte Vernon

costas del comun. Lord Lovelace, nombrado gobernador de Nueva York, cuando en octubre de 1708 se embarcó para su destino se los llevó y les designó terrenos, donde formaron el pueblo de Newburg. Esta colonia arrastró una existencia miserable porque el terreno era malo. Al año siguiente llegaron á América unos 13,000 ó 14,000 alemanes en diferentes expediciones, expulsados de su país por el hambre, porque el invierno habia sido cruelísimo, tanto que mató todas las viñas del Palatinado, único recurso de sus habitantes. Habian llegado noticias de las 16 familias emigradas el año anterior, las cuales escribieron que en Inglaterra habian sido socorridas y conducidas luego á América, donde les habian designado terrenos. Además recorrian el país agentes cuáqueros y de especuladores que tenian que vender terrenos, y repartian libritos en letras de oro, con una lámina que representaba la reina de Inglaterra. Los alemanes llamaban este librito, que les entusiasmó mucho, *el libro de oro*. El re-

sultado de toda esta propaganda fué que en la primavera del citado año se dirigió una corriente de emigrantes tan numerosa á Rotterdam, que costó mucho trabajo trasladarlos á Lóndres, donde se contaron en el mes de mayo 6,520 y luego subieron á algunos miles mas, hambrientos todos. Algunos centenares, que eran católicos, fueron reembarcados para el continente con algun socorro, porque la ley prohibia entonces su admision en el suelo inglés, y fué menester publicar en Alemania avisos serios, advirtiendo que en Inglaterra no se admitirian en lo sucesivo emigrantes aunque fuesen protestantes. Para que los que estaban allí no pereciesen de hambre, se nombraron cien comisarios, personas de la mas alta sociedad, que organizaron una gran suscripcion en todo el país, contribuyendo muchos con grandes sumas; y la misma reina dió unas 3,000 pesetas diarias para el socorro de la pobre gente. Los ingleses levantaron para ella un gran campamento cerca de Greenwich donde murie-

ron unos mil; muchos hombres y mujeres se ajustaron como criados y braceros; unos 3,000 fueron enviados á Irlanda para ocuparlos allí en las fábricas de tejidos, y los menos fueron embarcados para América. De estos, algunos centenares murieron en la travesía, y de los que llegaron al Nuevo Mundo se colocaron algunos otros centenares en Nueva York; por manera que solo llegaron 1,803 individuos, en el mes de junio del año 1711, al punto que debian colonizar. El gobierno quiso emplearlos en la fabricacion de brea, pero no dió resultado este recurso, y el escocés Livingston, con el cual habia contratado la manutencion de los emigrantes, no cumplió por codicia lo convenido, mermando las raciones hasta que los alemanes, tratados casi como siervos, perdieron la paciencia, y en medio del invierno, sin hacer caso de las órdenes del gobernador, se trasladaron á la cuenca del Choharie, afluente del Hudson, á unos 48 kilómetros al Oeste de Albany. Allí habrian perecido todos á no haber sido por los indios, que les socorrieron y les cedieron terrenos muy feraces. Los emigrantes formaron en estos terrenos siete aldeas, que despues de innumerables trabajos y privaciones llegaron á prosperar. Mucho tuvieron que sufrir á consecuencia de las disposiciones del gobernador del Estado; y si algunos colonos no lo hubieran impedido, las mujeres hubieran matado á palos al juez de paz de Albany, que llegó al valle con encargo de hacerles evacuar el terreno que ocupaban y que habia sido cedido por el gobernador á otras personas. Los colonos alemanes enviaron una diputacion á Inglaterra pidiendo reparacion; pero antes de que el gobernador fuese llamado á Lóndres comprendieron que era mas ventajoso respetar las disposiciones de la autoridad de buen grado que á la fuerza. Uno de ellos, sin embargo, prefirió trasladarse con 60 familias y con su hijo, al cual habia hecho educar por los indios, al través de selvas desconocidas á la Pensilvania, donde se establecieron todos. Allí el hijo de este jefe fué intérprete del gobierno, y en la siguiente guerra intercolonial, segundo del jefe de las milicias de Pensilvania. Una partida de los mismos colonos se separó del grupo del Choharie y se estableció en la cuenca del río Mohawk, del cual el primero es afluente, como el último lo es del Hudson. Los colonos de la cuenca del Mohawk construyeron en 1739 la primera iglesia alemana, y en 1743 levantaron la suya los alemanes del Choharie, cuyas alquerías estaban diseminadas alrededor de sus siete aldeas, en un radio de 40 á 50 kilómetros, cuando estalló la guerra de la independencia.

En 1748 el viajero sueco Kalm, ya citado, observador imparcial, visitó las colonias alemanas en el Estado de Nueva York, y en su relacion dice: «En el reinado de la reina Ana llegaron muchos alemanes, á los cuales el gobierno designó una extension de terreno donde establecerse. Al cabo de algun tiempo, cuando habian roturado tierras, establecido sembrados y dehesas y construido casas é iglesias, empezó el gobierno á mermar sus concesiones y á arrebatarles, bajo diferentes pretextos, un terreno tras otro. Esto irritó á los alemanes, y apalearon á los que iban á despojarles de sus tierras; pero esta manera de proceder no tuvo éxito, porque el gobierno no se anduvo en contemplaciones, puso presos á los jefes y los castigó con todo el rigor que era del caso. Esto irritó á los demás, tanto que casi todos abandonaron sus casas y campos y se trasladaron á Pensilvania, donde fueron acogidos con gran bondad, se les cedió una gran extension de terreno y se les halagó con valiosos privilegios perpetuos. Con esto no se dieron por contentos, sino que escribieron á sus allegados y amigos en su país diciéndoles que si querian pasar á América no pensasen en establecerse en el Estado de Nueva York, cuyo gobierno les habia tratado

ESTADOS UNIDOS

odiosamente. Este consejo fué seguido, y los alemanes que despues emigraron en inmenso número á América evitaron constantemente fijarse en Nueva York y se dirigieron á Pensilvania.»

En todas partes los emigrantes alemanes han servido de carne de cañon y baluarte contra los pueblos vecinos turbulentos. El gobierno ruso trató de servirse de ellos en el Cáucaso contra las tribus curdas y persas; en Argelia los emplearon los franceses contra las kábilas, y en la colonia de Nueva York sirvieron de antemuralla contra los indios y canadienses en la guerra intercolonial franco-inglesa. En todos los ataques de los canadienses y de sus aliados los pieles rojas á la cuenca del río Hudson, los colonos alemanes, diseminados en una extension de 60 kilómetros en la cuenca del Mohawk, fueron siempre las primeras víctimas, porque los fuertes establecidos allí eran insuficientes para proteger eficazmente territorio tan dilatado. En Pensilvania, cuyo gobierno cuáquero no quiso rechazar á los salvajes con las armas, sucedió lo mismo, bien que allí los colonos fronterizos eran en su mayor parte ingleses, escoceses é irlandeses; pero una carta de un colono aleman, de los que pasaron de la cuenca del Choharie á Pensilvania, publicada en el número del 27 de noviembre de 1757 en el periódico de Filadelfia, da una idea de la horrible situacion de aquellos desgraciados. «Ahora, dice, solo puedo escribir desgracias y atrocidades espantosas. El 15 de este mes ocurrió el primer caso sangriento á este lado de las montañas Azules, á 12 millas (20 kilómetros) de mi casa y á 4 de la de Weiser (el jefe de los colonos que habian abandonado la colonia de Nueva York). Era sábado; cinco ó seis colonos que salieron de ronda se vieron sorprendidos y se metieron en una casa donde algunos de ellos fueron degollados por los indios, los cuales les desollaron la cabeza. A las ocho de la noche llegaron los indios á una casa distante de aquí cuatro millas, y una bala de sus fusiles atravesó la ventana y el cuello de un zapatero; en seguida pegaron fuego á la casa. A la mañana siguiente los habitantes de las alquerías aisladas corrieron á refugiarse en Tulpehoken; pero fueron copados por los indios. Los de esta colonia acudieron y encontraron á los indios ocupados en mutilar, despedazar, degollar y desollar las cabezas de las víctimas. De los nuestros han perecido 14 ó 15 y dos niños, uno de 7 y el otro de 9 años, este se halla sin la piel del cráneo, pero vivo todavía. Una criatura de 14 dias ha sido encontrada viva debajo del cadáver de su madre, á la cual habian desollado la cabeza. Tulpehoken ofrece un aspecto lastimoso; hánse refugiado aquí cuantos vivian allende y aquende de las montañas Azules. Hay casas en que están hacinadas de 20 á 70 personas; unas lloran sus maridos, otras sus esposas, estas á sus hijos, aquellas á sus padres, muchos á sus amigos, sus ganados degollados, sus casas y su ajuar reducidos á cenizas, porque los enemigos lo han destruido todo. Total: el infortunio es indescriptible.»

Ya en los años de 1744 hasta 1748 cometieron los indios muchas atrocidades, que obligaron á los colonos alemanes á labrar sus campos con el fusil al lado; pero en 1757 se generalizó la matanza. En la noche del 12 de noviembre penetró Belletre con sus canadienses y pieles rojas en el distrito aleman, matando unos 40 individuos, llevándose 102 prisioneros y causando daños materiales por valor de 50,000 pesos. Al año siguiente volvió á presentarse el enemigo, que esta vez encontró preparados á los alemanes, los cuales se defendieron con teson, pero así y todo tuvieron 33 muertos.

Ya hemos hablado de los trabajos de conversion de los hermanos moravos, que establecidos desde 1735 en la Georgia, se habian trasladado á Pensilvania cuando en aquella colonia las autoridades trataron de hacerles tomar las armas.



El conde de Zinzendorf, fundador de la secta, encontró en su viaje á América, en 1742, en la mision de Shekomeko, en la colonia de Nueva York, algunos indios cristianizados. Siguiendo sus indicaciones, la secta renunció al sistema de conversiones en masa, que solo eran aparentes, y adoptó el de civilizar primero los salvajes acostumbándolos al trabajo permanente y formar despues paulatinamente entre ellos un núcleo de misioneros, que extendieran entre los suyos el Evangelio. Este sistema fué coronado del mejor éxito, porque en dos años se dejaron bautizar 61 indios adultos; pero no gustó á muchos grandes propietarios ingleses, ni á la Iglesia oficial, porque civilizando á los salvajes se disminuía la facilidad de obtener de ellos cesiones de grandes territorios, sin contar que el idioma aleman tomara grande extension y la secta disidente una importancia peligrosa para la nacionalidad y la Iglesia inglesas. Entonces empezaron los ingleses á vejar y perseguir á los hermanos moravos, hasta que estos abandonaron su colonia. Una cosa análoga sucedió en Pensilvania. Un siglo despues comenzaron á convenirse los americanos de que el sistema civilizador iniciado por el conde de Zinzendorf era el mas práctico para fundir el elemento indio con el europeo, y hoy se emplea por el gobierno de los Estados Unidos con éxito creciente (1).

En la lucha de la independencia hubo alemanes en los dos campos; pero en general estuvieron del lado de los americanos, olvidando la gratitud que debían á los ingleses por la solicitud con que les habían socorrido en su desgracia cuando se hallaron en Inglaterra sin recursos. Es verdad que la conducta de los gobernadores contribuyó en gran manera á borrar el recuerdo de los beneficios recibidos. Al estallar la guerra de la independencia habíanse rehecho las colonias alemanas de las desgracias y pérdidas sufridas anteriormente; de tal modo que pudieron presentar en las filas americanas no solamente lucidos contingentes de hombres armados, sino tambien muchos jefes, que si no sabían hablar tan bien como Lafayette y otros franceses simpáticos á los americanos, les igualaban por lo menos en valor y pericia militar. En la comision nombrada por la Pensilvania para entenderse con los demás Estados americanos, figuraron cuatro alemanes, y en la asamblea del mismo Estado que se reunió en 15 de julio de 1774, hubo trece delegados procedentes de Alemania. El consistorio de las Iglesias protestantes alemanas, en union con la *Sociedad alemana de Filadelfia*, dirigió en 1775 una circular á todos los alemanes de los Estados de Nueva York y la Carolina invitándoles á ponerse del lado de la libertad. Muchos alemanes se alistaron en el ejército de Washington y en las milicias provinciales, y en la sesion del 25 de mayo de 1776 el congreso adoptó la resolucion de formar un batallon compuesto exclusivamente de alemanes, al cual los alemanes pensilvanos contribuyeron en seguida con cinco compañías, mandadas por alemanes tambien. Este batallon tomó parte en varias batallas y fué destinado luego á proteger á los colonos de la cuenca del Susquehana contra los indios.

Además de estos y de los muchos alemanes que sirvieron en varios regimientos, la legion del marqués Armand de la Rouerie, el cuerpo de cazadores del caballero de Ottendorf y el de dragones ligeros de Bartolomé de Heer, que había servido en el ejército de Federico II de Prusia, se componian casi exclusivamente de alemanes reclutados en Pensilvania. Entre los jefes citaremos á Haas, ascendido en 1776 á brigadier; Becker, Mentges y Bunner, tenientes coroneles, el último de los cuales murió en la accion cerca de Mon-

(1) Lástima que ya apenas existan indios que fundir, como no sea en los Estados de la América española de que la Union se ha ido apoderando, Tejas, Nuevo Méjico, etc. (N. del T.)

mouth en 1778, y Farmer, comisario del gobierno en el ejército con el grado de coronel. Otro aleman, Hillegas, fué tesoroero de los Estados Unidos.

Respecto de los alemanes al servicio de Inglaterra, dijo el periódico de Filadelfia en 2 de julio de 1782: «La desercion cundió de un modo extraordinario en las fuerzas inglesas; la mayor parte de los que se nos pasaban eran alemanes, y decian que todas las tropas alemanas vendrian á nuestras filas si tuviesen ocasion.»

Muchas figuras interesantes en aquellas circunstancias críticas eran alemanes; una de ellas, el pastor protestante Pedro Mühlenberg, hijo del organizador de la Iglesia luterana en el Estado de Nueva York. Pedro, si bien pastor de la iglesia alemana de Woodstock, había sido nombrado por Washington, que le conocia personalmente, jefe de un regimiento. Cuando llegó el día en que debía predicar su último sermón, acudieron tantos oyentes que no cabían en la iglesia y llenaron el cementerio que rodeaba el templo. Mühlenberg había tomado por tema los deberes del ciudadano hácia la patria, y dijo que había llegado el tiempo de combatir en lugar de predicar y orar, y despues de dar la bendicion quitóse la sotana ante la multitud y apareció en traje militar. Así bajó del púlpito, salió de la iglesia y mandó tocar llamada. El entusiasmo que esto despertó fué indescriptible. Allí mismo y en el resto del día se afiliaron bajo su bandera cerca de 300 individuos del pueblo de Woodstock y de sus alrededores. En 21 de febrero de 1777 fué ascendido á brigadier y antes de concluir la guerra á jefe de Estado mayor. Despues de la guerra fijóse en Filadelfia, donde fué elegido vice-presidente del consejo ejecutivo del Estado y diputado al congreso constituyente. En 1801 entró en el senado de los Estados Unidos y seis años despues murió.

En 2 de junio de 1775 tuvieron una reunion cuarenta y un diputados, entre ellos veintidos alemanes, elegidos por todos los habitantes de la cuenca del Mohawk para deliberar sobre la línea de conducta que debían seguir en la lucha con Inglaterra. Decidieronse por la causa de la independencia y organizaron cuatro batallones para guardar la frontera. Todos los jefes de esta fuerza eran alemanes y uno de ellos, Herckheimer, fué encargado del mando en jefe con el título de general. Con 800 hombres, casi todos alemanes, marchó en 6 de agosto de 1777 al socorro del fuerte de Stanwix, defendido por 650 hombres mandados por el coronel Gansevoort. Sitiaba la plaza el general Saint-Leger con dos mil hombres, en su mayor parte indios, que formaban el ala derecha del ejército del general Bourgoyne, el cual operaba desde el Canadá contra los Estados Unidos. Los alemanes, en el camino, habiéndose internado en una selva, cayeron en una celada, y se entabló una lucha sangrienta cuerpo á cuerpo, que se hizo mas desesperada con la llegada de refuerzos que recibió el enemigo. Los alemanes tuvieron entonces 200 bajas entre muertos y heridos graves, pero el enemigo tuvo tambien cien muertos y casi otros tantos heridos, y entre los primeros se contaron 30 indios senecas, la mitad de ellos jefes afamados de tribu. Herckheimer recibió un balazo en el muslo, lo cual no le impidió, sentado en una silla de montar arrojada al tronco de un árbol, dar sus órdenes con la mayor sangre fria. Mal cuidado por cirujanos ignorantes, murió á los pocos días. Washington dijo de él: «Al adalid del valle del Mohawk se debió el giro favorable de la campaña del Norte, tan mal conducida hasta entonces; y Herckheimer sirvió solo por amor al país y no para conseguir grados ni por interés pecuniario.» Los defensores del fuerte aprovecharon la ocasion de la lucha para efectuar una salida, en la cual se apoderaron del bagaje y de los papeles de Johnson, el gran propietario partidario de los ingleses,

que había acudido con un cuerpo de tropa á reforzar á los que atacaban á los alemanes; y como entre el bagaje conquistado estaban tambien los donativos destinados á los indios, estos saquearon los equipajes de los oficiales ingleses y se marcharon con el botin. Desde entonces los ingleses no quisieron mas auxiliares indios, los cuales en cambio dejaron de molestar por algun tiempo las colonias alemanas, y el general inglés Saint-Leger, sabiendo que se acercaban fuerzas americanas para socorrer á los sitiados, abandonó sus tiendas de campaña, sus cañones y municiones, y se retiró con su division al Canadá. Todo esto contribuyó á la capitulacion de Bourgoyne cerca de Saratoga, que tuvo efecto poco tiempo despues; por tanto, el combate de los alemanes llegó á tener gran importancia en la marcha de la guerra.

A la cabeza de los indios se puso despues un jefe semi-civilizado, hombre enérgico pero no menos feroz que los demás, el cual sorprendia las viviendas de los colonos, mataba á hombres, mujeres y niños, despues de recrearse en las inauditas torturas que les hacia sufrir, se llevaba otros prisioneros, arrebatava los ganados y cuanto podía, incendiaba las casas y graneros, y destruía lo que no podia llevarse. Los colonos no podían soltar sus armas ni de noche ni de día, ni en la iglesia, y no obstante enviaban contingentes de hombres y grandes cantidades de trigo y harina al ejército de los Estados Unidos. El ya citado Johnson hizo en octubre de 1780 otra irrupcion en la cuenca del Mohawk, reduciendo á cenizas mas de trescientas casas y graneros, y dejó aquellas comarcas tan asoladas que pasaron muchos años antes de que sus habitantes se rehicieron. Madison dijo en una carta que lleva la fecha del 14 de noviembre de 1780: «Las irrupciones del enemigo en las comarcas fronterizas de Nueva York han resultado fatales para nosotros. Han destruido casi completamente aquel magnífico país agrícola que proveía de trigo los almacenes del ejército principal y las plazas del Norte. La colonia del Choharie, que segun una carta del general Washington por sí sola suministraba al gobierno 80,000 bushels de cereales (29,000 hectólitros), está reducida á cenizas.»

Muchos actos de valor se cuentan de aquellos tiempos calamitosos, entre otros el de la familia Schell, compuesta de marido, mujer y cuatro hijos, que se defendieron en su casa contra sesenta y cuatro partidarios de Inglaterra é indios matándoles once individuos é hiriendo doce, entre ellos al jefe, el escocés Mac Donald, á quien hicieron prisionero, si bien el enemigo se llevó dos hijos de Schell, que regresaron despues de la guerra.

Familias alemanas enteras desaparecieron en esta guerra, que fué causa de la rápida extincion del elemento aleman, porque las propiedades que por la muerte de sus dueños ó por miseria se vendieron fueron adquiridas por inmigrantes de raza inglesa de los Estados del Norte. Así los alemanes que quedaron olvidaron su idioma patrio y sus descendientes desaparecieron en la gran masa anglo-americana. De nada sirvió á aquellos alemanes que tuviesen hombres que llevaban una carga de 32 arrobas de trigo á cuestas y alzaban un barril de sidra al aire para beber de la espita á chorro y de pié, ni mujeres que arrojaban hombres robustos de su casa á la calle, ni pastores como Quitmann, que dió delante de su iglesia una tremenda paliza á un anglo-americano porque le había faltado al respeto, ni hombres que mataban osos á porrazos; la inteligencia, el espíritu de empresa y la iniciativa de la raza anglo-americana pudieron mas. El nombre de *dutchman* (holandés) con que designa el pueblo inglés y americano familiarmente á los alemanes es equivalente á rudo, torpe y tonto. Los alemanes que se trasladaron á América trabajaron en su nueva situacion como braceros para cubrir sus

necesidades y satisfacciones mas apremiantes. Los anglo-americanos que se establecian á su lado trabajaban como ellos, pero con mas ingenio, y desde el primer día procuraban tener una iglesia y una escuela, y los alemanes los imitaban cuando su posicion material se había mejorado para dejarles tiempo de pensar en otras necesidades. Entonces comenzaron á hablar bien ó mal inglés y anglicizaron sus nombres y apellidos. La marcha de esta trasformacion puede estudiarse todavia en los cementerios viejos del Estado de Nueva York, en cuyas inscripciones funerarias se leen los apellidos alemanes genuinos con todas sus letras hasta el primer decenio del siglo actual; mas desde entonces en adelante aparecen ya ó traducidos al inglés ó anglicanizados. En 1782 escribió todavia un pastor aleman, Helmuth, desde Filadelfia á un profesor de Halle, en Alemania: «No sé si me equivoco, pero me parece que Filadelfia tendrá dentro de pocos años mas carácter de ciudad alemana que de inglesa.» Treinta años despues confesó su error exclamando con tristeza: «¡Los alemanes no han querido permanecer alemanes!» La desgracia de los alemanes era la falta del sentimiento de nacionalidad. Conservaron su idioma, ¡pero qué idioma! En 1788 Schopf dijo que era «un miserable chapurrado de inglés y de aleman;» pero el dialecto, llamado en América *Pennsylvania Dutch*, porque todavia existe, es mucho peor, porque se reduce á una jerga de inglés y de dos dialectos alemanes, el suabio y el del Alto Rhin ó del Palatinado. La gente que creó y usó esta jerga jamás ha dado pruebas de inteligencia superior y de aficion á ella. Desmontadas las selvas, roturados los campos y libres de miseria, pensaron solo en hartarse de gachas y de sidra, y se embrutecieron. Los mismos curas luteranos que se les enviaron de Alemania, donde por lo demás nadie se acordaba de los que habían emigrado, se hicieron en su mayor parte tan rústicos como ellos y no mostraron interés en cultivar la inteligencia de sus feligreses. Una universidad libre alemana fundada en Pensilvania no tuvo éxito: los alemanes la dejaron sin recursos y el gobierno del Estado le retiró tambien su apoyo. Una sociedad fundada en Filadelfia para fomenta la instruccion y civilizacion del elemento aleman en América solo existió desde 1789 hasta 1796, en cuyo último año murió de inanicion. Renació en 1804 con propósitos mas humildes y arrastró una existencia lánguida hasta 1825, en cuyo año se extinguió.

Véase cómo juzgó el autor americano Paulding (1), en sus *Cartas del Sur*, á los colonos alemanes en 1817: «En casi todas las partes de los Estados Unidos que he visitado parece trabajar la gente, con excepcion de los holandeses, alemanes y cuáqueros, solo para un tiempo corto ó limitado, como si su estancia fuese temporal y expuesta á una pronta mudanza. En ningun otro país me parece que trabajan los hombres, como en América, tanto para el presente y nada para tiempos venideros. Construyen las casas por lo general de madera, calculadas para no durar mas que la vida del constructor; si plantan árboles, suelen dar la preferencia á los chopos, que crecen con rapidez, no dan mas sombra que escobas y envejecen con los que los plantaron. Creo que esto ejerce, sin embargo, una influencia saludable y provechosa sobre el carácter de la gente, porque aguijonea su actividad; pues que el heredero, en lugar de verse amo de un hogar dotado de todas las comodidades, que no reclama ya ningun esfuerzo de su parte, tiene que trabajar asiduamente para concluir lo que sus mayores empezaron, y esto no le

(1) James Kirk Paulding nació en 1779 en el Estado de Nueva York. Publicó sus *Letters from the South* en 1817. Sus obras son muchas y específicamente norte-americanas. Murió en 1860 en Nueva York. La última edicion de sus obras completas salió en la misma ciudad, en 1868.